

Lewis Hine: *La fotografía social* (fragmento). Extraído de “*Social Photography. How the Camera may help in the social uplift*”, en Lewis Hine, *Proceedings National Conference of Charities and Corrections*, junio de 1909. En *Du bon usage de la photographie*, Centre National de la Photographie, París, 1987. Traducción del inglés al francés: Marianne Faure.

Traducción: Silvia Pérez Fernández

Supongamos por un instante que seamos, en tanto grupo de personas, ocupados en una acción reivindicativa por mejores condiciones para los oficios callejeros en un cierto país, y que ese movimiento encuentre una feroz oposición. En el fuego de la acción, nos atribuimos a nosotros mismos los servicios de un fotógrafo solidario con nuestra acción. Este último reprodujo del natural algunas escenas típicas y atractivas de la vida de un vendedor de periódicos y de sus compañeros de trabajo.

Se ven niños de seis años vendiendo tarde en la noche; los pequeños niños expuestos en la vía pública con todas sus tentaciones y sus peligros; los escolares haciendo venta ambulante a las cinco de la mañana, antes de ir a la escuela, retomando luego de los cursos, y así durante toda la jornada del sábado y del domingo; escenas nocturnas donde los pequeños “enanos” trabajan hasta muy tarde, yendo de bar en bar, practicando así el mejor medio para obtener algo de los bebedores, y donde rompen su aburrimiento mechando relatos de aventuras terribles por juegos de lanzamiento de monedas hasta altas horas de la noche.

Podemos tener ideas divergentes en cuanto a la utilización exacta de esos documentos, pero sin dudas nadie se opondría a que utilicemos todos los soportes publicitarios posibles con el fin de reunir un gran sustento popular.

Hace mucho tiempo que el hombre de negocios ha respondido por la afirmativa a la pregunta de saber si la publicidad valía la pena, y el punto ha sido muy precisamente tocado al respecto hace poco en el semanario *Collier's*: “No hay ningún límite en el campo de acción de la publicidad y no es flaco asunto hacer que su voz sea escuchada en medio de un concierto de bocinas. La publicidad es un arte, es literatura, es invención. Fallar es el peor de los pecados.” El asistente social, con las herramientas vivas y humanas de las que dispone para su medio, tiene todavía en este tema un paso vacilante entre la duda y la convicción. Pero esa vacilación debe quedar corta porque los ciudadanos exigirán saber qué hacen las personas del servicio público, y es un deber para todos quienes obran por el bien común de educar y dirigir la opinión pública. Recién estamos empezando a darnos cuenta de las innumerables maneras de llegar al gran público.

Me pregunto a veces cuál sería la reacción de un activo fabricante si sus mercancías, en lugar de ser objetos inanimados, tuvieran todos los problemas y actividades específicas de la vida, con todas sus posibilidades de atracción humana. ¿No creerían que se aprovecharían estas nuevas perspectivas completamente, para atraer la simpatía de sus clientes, tal como lo puede permitir la cámara fotográfica?

Tomad la fotografía que pone en escena a una joven hilandera en una hilandería de algodón de Carolina. Como sea, ella ya atrae la atención. Reforzad su impacto uniéndole uno de los textos pictóricos en consonancia con lo social de Buga, en el cual dice: “La opresión más perfecta está retratada por esta oscura esclavitud. Cuando se encuentran en tales condiciones al comienzo de su existencia –tan jóvenes, tan débiles, resistiendo entre los adultos–, ¿qué puede pasar de bueno en sus almas inocentes? Mientras son niños aún pueden escaparse gracias a su pequeña talla; a los más pequeños, los escondites les pueden servir de refugio. Cuando se hacen adultos, la rueda de piedra de nuestro sistema social rueda sobre ellos y los aplasta”.

¡Qué formidable incentivo de promoción social nos proporciona entonces esa foto interpretada con tanta compasión!

La fotografía de un adolescente, en otra hilandería, delgado y adelgazado, y que probablemente levantó montones de lana durante ocho años de su vida, no puede ser más evocadora.

Echemos un vistazo, ahora, a lo que ocurre a las tres de la mañana bajo el puente de Brooklyn en una noche nevada y fría. Observando esos muchachos acurrucados los unos contra los otros y sin embargo al acecho, esperando a un cliente; sin embargo, podemos hacer una pausa para preguntarnos dónde reside el poder de una imagen. Sea pintura o fotografía, toda imagen es un símbolo que lleva inmediatamente a cualquier persona en contacto cercano con la realidad. Ella habla un idioma aprendido desde la más temprana edad y arraigado en cada individuo, testigo de los escribas de la antigüedad y manía/pasión actual de los jóvenes por sus libros de imágenes. Para nosotros, que somos niños más grandes, la imagen continúa contándonos una historia bajo su forma más condensada y vital. Y, de hecho, esta presentación es frecuentemente más eficaz de lo que habría sido la realidad, puesto que en la imagen, todo aquello que no es esencial y de interés conflictivo fue suprimido. La imagen es la lengua de todas las nacionalidades y de todas las edades; el incremento, a lo largo de los últimos años, de la cantidad de ilustraciones en los periódicos, libros, exposiciones y otros, es una prueba evidente.

La fotografía posee un realismo absolutamente personal, una atracción específica que no se presenta en otras formas de ilustración. Es por esta razón que la mayoría de las personas creen de manera implícita que es imposible falsificar una fotografía. Naturalmente, ustedes y yo sabemos que esta fe ciega en la fotografía a menudo es puesta a una dura prueba, puesto que si a la fotografía le es imposible mentir, mentirosos pueden tomar fotografías. Se hace entonces bastante necesario, en nuestra búsqueda de la verdad, verificar que la cámara fotográfica de la que dependemos no contraiga malos hábitos. Hace poco tiempo, uno de los líderes de la acción social, que no obstante me había dicho anteriormente que él nunca podría usar fotografías en su trabajo, siendo éstas tan falsificadas, aseguró al editor Kellogg que las fotografías sobre el trabajo infantil en Carolina podrían servir de prueba en cualquier corte/tribunal.

Moraleja: no despreciemos la cámara fotográfica, aunque exista la fotografía deshonestas.

Con cientos de fotografías similares a las que mostré, con el apoyo de notas, conversaciones, nombres y direcciones, ¿no estamos en mejor posición para refutar los argumentos de aquellos que, por optimismo o hipocresía, propagan la información de que no hay explotación de niños en el mercado de trabajo de Nueva Inglaterra?

Pero puedes comenzar a cansarte de ver fotos de niños trabajando. Bueno, nosotros también, pero propongo que ustedes y yo devolvamos todo el país cansado y enfermo de todo este asunto, y que cuando llegue el momento de llevar a cabo las acciones, estas fotografías no sean más que recuerdos del pasado.

El artista Burne-Jones dijo una vez que, si él fuera a ver su vida con demasiada frecuencia sin esperanza y sin demora, nunca sería capaz de pintar de nuevo. ¡Qué posición tan egoísta y ligera!

La posición de Víctor Hugo, para quien los más grandes peligros son el oscurantismo y la ignorancia, es diferente en este tema. “¿Cuál es entonces –se pregunta– la necesidad más importante? ¡La luz! ¡Corrientes de luz!”

La máxima de la asistencia social por lo tanto es: “Que sea la luz”, y en esta campaña por la luz, nosotros tenemos la ventaja de poseer en nuestro equipo quien escribe por la luz: la fotografía.

Llega pues el tiempo de los especialistas. Curtis, Burton Holmes, Stodard y otros hicieron muchos trabajos en la dirección de la fotografía social. El más grande progreso que pueda ser aportado en el trabajo de carácter social es popularizar el uso de la cámara fotográfica, para que tales registros sean realizados por aquellos que están en el corazón de la batalla. Esta proposición no es difícil de satisfacer. En cada grupo de trabajadores, hay ciertamente al menos una persona que está interesada en la utilización de la cámara fotográfica. Si ustedes deciden que la fotografía les es útil, obtengan una cámara, reserven un poco de dinero y una tajada de tiempo bien preciso para el fotógrafo del equipo; luego buceen en el sujeto con entusiasmo y simpatía (dado que la fotografía sin entusiasmo es como un pic-nic bajo la lluvia). El fotógrafo de barrio (al menos que sea un bicho raro) no podrá hacer por ustedes gran cosa. Resuelvan la pregunta ustedes mismos, más vale poco de técnica y mucho de corazón, que a la inversa. ¿Los resultados? No se preocupen, les serán devueltos. Pregunten a la Sra. Rogers, de Indianápolis, cuyos argumentos a favor de las mallas de baño sobre las pantallas eran un factor importante en el permiso que le fue otorgado. Pregunten al Sr. Weller, de Pittsburg, uno de los pioneros de la fotografía social.

En la intimidad de la mesa redonda que seguirá a esta charla, estaré contento de encontrar entre ustedes a aquellos que están deseosos de mejorar las competencias en su

trabajo con la cámara fotográfica. Si un club fotográfico pudiera nacer de esta reunión, sería la mejor de las cosas.

Si dejamos de lado los aspectos caritativos o patológicos de la asistencia social, queda un campo inmenso a explorar para el arte fotográfico en el mundo industrial.

Hay una necesidad urgente de interpretar inteligentemente el mundo del trabajo, no solamente para las personas de hoy, sino también para las generaciones futuras.

Hace mucho tiempo, George Eliot sugirió en estos términos la necesidad de la fotografía social: "Honor y veneración a la divina belleza de la forma", escribió George Eliot (en *Adam Bede*). "Que se cultiva en sumo grado entre los hombres, las mujeres y los niños, en nuestros jardines y casas; pero amamos esta otra belleza también, aquella que existe no en cualquier equilibrio secreto de proporciones, sino en el secreto de una profunda compasión humana.

Píntanos, si puedes, un ángel con un vestido violeta flotante en los aires, y la cara blanqueada por la luz celestial; píntanos una Madonna estirando su dulce cara hacia arriba, y abriendo sus brazos para acoger a la gloria divina, pero no nos impongas ninguna regla estética que descarte del reino del arte esas ancianas con las manos gastadas por el trabajo de raspar zanahorias; esos payasos torpes tomándose un buen tiempo en una taberna destartalada; esos dorsos jorobados y caras cinceladas por el viento, que se han inclinado demasiado tiempo sobre las palas para hacer el duro trabajo del mundo; esas casas con sus sartenes de hojalata, sus jarras de barro, sus perros callejeros y sus ristras de cebollas.

Es necesario que recordemos su existencia; de lo contrario, correríamos el riesgo de dejarlos afuera de nuestra religión y de nuestra filosofía, y luego construir teorías grandiosas que encontrarían su lugar sólo en un mundo de extremos. Esperamos, pues, que el arte nos los devuelva siempre a la memoria. Esperemos, pues, que haya siempre hombres listos para vestir con amor y sufrimiento de la vida la representación fiel de las cosas mundanas, y que tengan el mayor placer de mostrar con qué bondad la luz del cielo cae sobre ellos".